

La experiencia de infancia desde un análisis decolonial y estético de productos culturales: Modernidad, racismo y racialización de las relaciones de clase

The experience of childhood from a decolonial and aesthetic analysis of cultural products: Modernity, racism and racialization of class relations

Ileana Desirée IBÁÑEZ*

RESUMEN

En este trabajo realizamos un ejercicio de interpretación crítica de la noción de infancia desde una perspectiva decolonial y estética. En este sentido, exponemos algunas consideraciones sobre el concepto y su operatividad para el análisis. Luego abordamos distintos productos culturales donde problematizamos la categoría de infancia en singular como parte del proyecto moderno. La clave interpretativa decolonial nos permite desentramar los sentidos sociales y relaciones de dominación que dieron lugar a la definición de la categoría en Europa y su correlato en América Latina. En este sentido, desde la colonización a la actualidad se articulan formas de clasificación - según el color de piel y luego la trasposición a las relaciones de clase- que implican la subordinación del otro. Desde el Sur Global, la(s) infancia(s) como categoría debe ser leída dentro de las disputas geopolíticas que configuraron nuestros territorios y las relaciones de dominación capitalistas.

Palabras clave: infancia; colonialidad; racialización; modernidad.

ABSTRACT

In this work we carry out an exercise in critical interpretation of the notion of childhood from a decolonial and aesthetic perspective. In this sense, we present some considerations on the concept and its operability for the analysis. Then we approach different cultural products where we problematize the category of childhood in the singular as part of the modern project. The decolonial interpretive key allows us to unravel the social meanings and relations of domination that gave rise to the definition of the category in Europe and its correlation in Latin America. In this sense, from colonization to the present, forms of classification are articulated - according to skin color and then transposition to class relations - that imply the subordination of the other. From the Global South, childhood (s) as a category must be read within the geopolitical disputes that shaped our territories and capitalist relations of domination.

Key words: childhood; coloniality; racialization; modernity.

* Dra. en Estudios Sociales de América Latina, Profesora Asistente en la Carrera de Comunicación Social y en la Carrera de Antropología de la UNC. Becaria Posdoctoral CONICET-IECET. Contacto: ileanaib@gmail.com

Introducción

En este trabajo presentamos algunas líneas de lectura crítica de la noción de infancia que problematizan las narrativas fundantes (de campos de sentido pero también de prácticas y sensibilidades), que emergieron con la Modernidad pero también la hicieron posible. En una mirada geocultural, diacrónica de larga duración, la “Modernidad” como signifiante cruza, desde distintas lecturas teóricas, diversos momentos históricos; como condensador de la racionalidad occidental eurocéntrica, resume el devenir de la historia universal: la fantasía de progreso orientada hacia el tiempo futuro. Autores como Lander (2001), Mignolo (1998), Quijano (2007) y Wallerstein (2006) coinciden en sindicar al inicio de la Modernidad con la colonización de América. Allí emerge un nuevo patrón de poder global sostenido en la trama entre economía-mundo y las formas geoculturales de la dominación. En esta perspectiva decolonial, podemos considerar que desde entonces la sociedad “europea avanzada” guarda para sí el lugar de centro del progreso y el conocimiento -social, cultural, político y económico-; y el *otro*, cultural (y de clase) es negado, se encuentra en un estadio que es necesario superar. Sin embargo, esta mirada hegemónica que aún nos interpela es producto de una larga historia, de subordinación, captación, modelación y resistencia. A partir de instituciones que progresivamente fueron configurándose como espacios de regulación y normalización -sensu Foucault (2014)-. Centrales para el proyecto moderno capitalista europeo, el disciplinamiento que operó -y opera- en la homogeneización y la oclusión de las distintas y desiguales experiencias de las infancias.

En este trabajo analizamos algunas de capas de sentido que siguen formando parte de las condiciones desde donde se definieron -y definen- lugares de intervención y modalidades de interpelación a niños y niñas. Desde una estrategia de lectura estética realizamos un abordaje ‘arqueológico’ de estas capas condensadas en productos culturales.

La estructura expositiva que organiza el texto es la siguiente: en un primer momento avanzamos en el concepto de estética desde la perspectiva benjaminiana de Buck-Morss y Grüner. Luego, en los siguientes apartados, seleccionamos algunos productos culturales (pinturas, poesías) como lugares de incisión que condensan escenas de la historia social y cultural de las infancias, donde indagaremos en los sentidos sociales allí tramados, particularmente en relación a las clasificaciones raciales como parte de la institución de la Modernidad. Finalmente, recuperamos una obra pictórica del argentino Antonio Berni (1905-1981) para pensar la racialización de las relaciones de clases, ya en otro momento histórico a mediados del s. XX. Este camino se ofrece como un acercamiento a las experiencias de niños y niñas a partir de la mediación de imágenes como un momento de ‘captación plástica del acontecer’ (Benjamín, 2018) que nos permite volver inteligible las inscripciones estructurales y subjetivas que se materializan en las obras.

Una lectura estética de la colonialidad y la Modernidad

La pregunta por la estética es el hilo conductor de este apartado, primero desarrollaremos algunas de las discusiones en relación al concepto; para luego dar cuenta de su operatividad para el análisis de los sentidos y prácticas sedimentadas e incorporadas que han servido para obturar la conflictividad inherente a la conformación de nuestras sociedades. Entendemos, desde una perspectiva materialista de la experiencia, que la dimensión sensible se configura a partir de aquello que proviene de las impresiones del mundo que impactan en los diferentes sentidos: olfato, gusto, oído, tacto, vista (pero también el movimiento y la sociabilidad pertenecen al cuerpo biológico). De esta manera, el carácter material de la experiencia se instancia en la relación entre sujeto y mundo como unidad. Eagleton sostiene que la palabra estética -en su etimología- refiere al cuerpo y a las sensaciones:

La estética nace como un discurso del cuerpo. En la formulación original del filósofo alemán Baumgarten, el término no hace referencia en un primer momento al arte, sino, tal y como sugeriría la *aisthesis* griega, a toda la región de la percepción y la sensación humana, en contraste con el dominio más espiritualizado del pensamiento conceptual (2006:65).

Esta definición de estética retoma su significado primigenio como discurso del cuerpo. De este modo, la experiencia es estética en tanto forma de conocimiento a través de los sentidos, de todo el *sensorium* corporal, las terminales de los neurales se encuentran en *la frontera entre el adentro y el afuera de la superficie del cuerpo*; aparato físico-cognitivo portador de sensores cualitativamente autónomos y no intercambiables. Es decir, los sentidos pueden ser entrenados de acuerdo a la cultura como sensibilidad moral, refinamiento del gusto, la definición de lo bello, de lo feo; todo esto es a *posteriori*, de acuerdo a la formación social en la que se inscribe el sujeto. Buck-Morss (2015) en uno de sus estudios sobre Benjamin sostendrá que este nexo ontológico de la estética con el *sensorium* ha sido borrado a partir de la época moderna. Cuando este vínculo sensible fue escindido, en esta transposición, la estética fue resignificada para referirse a lo inverso. Esto es, al arte como forma cultural antes que, a la experiencia de los sentidos, así lo estético pasó a ser un objeto en sí mismo, como esfera autónoma de las otras dimensiones de la vida, como una categoría que remite a los productos culturales, como:

(...) mercancías en el mercado, no existen para nada ni para nadie en particular, pueden por lo tanto ser racionalizados, hablando en términos ideológicos, como si existieran por sí mismos y en todo su esplendor (Eagleton, 2006:59).

En esta concepción de estética como arte, como objeto, se borra la acción creadora del sujeto, obturada por la reificación del carácter fetichista de la mercancía del sistema capitalista *sensu* Marx. Benjamín en “La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica”, destaca:

Dentro de grandes espacios históricos de tiempo se modifican, junto con toda la existencia de las colectividades humanas, el modo y la manera de su percepción sensorial. Dichos modo y manera en que esa percepción se organiza, el medio en el que acontecen, están condicionados no sólo natural, sino también históricamente (1994[1936]).

La experiencia entonces proviene de la apertura al mundo y la plasticidad de los impulsos, en la construcción social de la realidad. Dicho de otra manera, las impresiones del mundo a partir de la expresividad se vuelven legibles colectivamente, a través del sentido común del gesto, que adquiere sentido en relación a un otro¹. De este modo, la producción artística es entendida aquí como emergente de procesos sociales que expresan y exponen, en su plasticidad, sentidos, sentires y formas perceptivas construidas sociohistóricamente. En este caso nos preguntamos por los sentidos y formas de representar ‘la infancia’, en obras y textos, como experiencia subalterna racista/racialista, adultocéntrica, clasista a lo largo de la historia. En este sentido, el ejercicio de interpretación que proponemos es una tarea arqueológica, como la entiende Grüner a partir Benjamín:

¹ En otros trabajos desarrollamos esta línea Ibáñez Ileana (2020), Tesis doctoral “Infancia (s) y Experiencia (s) en una ciudad socio-segregada: Violencias, Afectividades y Creatividad”, Córdoba (2008-2012). UNC.

Aunque el “origen” del conflicto pueda fecharse en el pasado, la producción de su conocimiento necesariamente parte de (y se interesa en) sus efectos sobre el presente. El trabajo de reconstrucción “arqueológica” –ya fuera el que realiza el psicoanalista junto con su paciente, tanto como el “historiador materialista” al que alude Benjamin– no consiste –según lo enuncia célebremente el propio Benjamin en sus “Tesis de filosofía de la historia”– en la reconstrucción de los hechos “tal cual realmente ocurrieron”, sino en la producción de sus efectos “tal como relampaguean en este instante de peligro” (Grüner, 2021:137).

Desde esta perspectiva, el análisis de imágenes y textos permite reconocer, a partir del ejercicio hermenéutico, las formas estéticas e institucionales que fueron configurando ciertas posibilidades de experiencias y afectividades en torno a la fundación de un nuevo tipo subjetivo, niños/as, y discursivo, “infancia” de la Modernidad.

La emergencia de la infancia como concepto y sensibilidad moderna

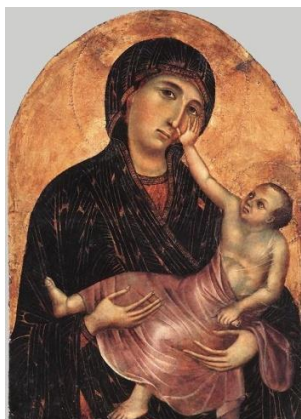
El momento de emergencia del término infancia, como señala Ariès en su estudio de 1962 “El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen” (2018), se sitúa hacia finales del s. XVII y principios del s. XVIII, momento en que comienzan a gestarse toda una serie de prácticas y nociones acerca del cuidado y la formación de niños y niñas. Estas transformaciones, ocurridas a la luz de las ideas renacentistas, fueron delimitando un modo de ser para la infancia, señalando un lugar particular para el niño/a en el orden social; performando progresivamente aquello que el autor llamó una *sensibilidad moderna de la infancia* (Ariès, 2018). El autor muestra que la noción de infancia remite a mucho más que a un significado o una distinción etaria, constituye una sensibilidad, una disposición.

Esta *nueva sensibilidad* es una profunda ruptura con el modelo pretérito de las sociedades medievales, donde los niños y las niñas a partir de cierta autonomía, participaban de la vida activa del pueblo y de sus familias. Ariès encuentra en las imágenes pictóricas que representaban las costumbres de la época, los rastros de aquellas experiencias: se observa a los/as niños/as en las fiestas, en los lugares de trabajo, en los mercados, donde si bien no tienen un rol protagónico es clara su participación activa en el mundo adulto. Con la Modernidad, inicia una nueva sensibilidad afectiva, que impacta en las formas de interacción; emergen códigos culturales que regirán el contacto entre los hombres, las mujeres y los niños/as.

En este sentido, Elias en su texto la “Civilización de los padres” (1998), da cuenta del modo en que este proceso de “civilización” de las costumbres implicó un control social estrecho, una interiorización de las emociones en la forma de la auto-restricción. Emerge así una nueva economía pulsional, elaborada en primer lugar por la aristocracia cortesana. El autor considera que la obra de Erasmo plasma este ideal en *De civilitate morum puerilium* (1530), allí muestra cómo los comportamientos serán regulados y transformados radical pero progresivamente, afectando sucesivamente a la totalidad de las clases sociales -a la burguesía y luego a los sectores populares.

En este sentido, Ariès, en su análisis, rastrea las representaciones estéticas de niños y niñas entre el s. XIII y el s. XIX. El autor señala cómo hasta el s. XV los/as niños/as eran representados como figuras de hombres adultos reducido en tamaño, hombres en miniatura. Las obras religiosas incluían la figura del niño Jesús como protagonista como es el caso de Virgen de Duccio di Buoninsegna con una fisonomía adulta, con gesto adusto. La infancia es una etapa previa a la madurez, pero no es considerada en su particularidad. Sin embargo, es con el movimiento del *quattrocento* italiano que los niños y las niñas empiezan a ser representados en sus cualidades. Esto es, se los/as comienza a caracterizar con las proporciones propias de este grupo etario y ya no como copia de las dimensiones adultas.

Imagen 1: Virgen de Duccio di Buoninsegna (1308-1311)



Fuente: Museo dell' Opera Metropolitana_
<https://operaduomo.siena.it/en/sites/museum/>

Imagen 2: Poussin, Asunción de la Virgen (1627-1635)



Fuente: Galería Nacional de Arte Washington DC

<https://www.nga.gov/collection/art-object-page.46470.html>

Imagen 3: Murillo Niños jugando dados (1665-1675)



Fuente: Bayerisches Nationalmuseum (Munich)

<https://www.artehistoria.com/es/obra/ni%C3%B1os-jugando-los-dados>

Por ejemplo, esto es observable en tres categorías pictóricas: a) Aquellas de costumbres donde se representaba lo cotidiano. Esteban Murillo fue un exponente de la época y tematizó particularmente la infancia del pueblo. b) Los retratos, tuvieron como protagonistas a niños y niñas de la monarquía. c) La figura de niños, frecuentemente desnudos y alados, como vemos en la obra de Poussin, Asunción de la Virgen, donde también se destacan el color blanco como pureza, las luces que dan intensidad al mensaje religioso de la elevación; y el color azul azurita protagonista de la pintura de la época. Podemos definir a este período como la antesala de la transformación en el sentimiento hacia la infancia; el movimiento renacentista y las ideas humanistas contribuyen a la institucionalización.

Un capítulo aparte merece la obra de Brueghel, "el viejo", que ya en el s. XVI tematiza – quizás por primera vez- la infancia. El artista aborda la vida del pueblo en distintos trabajos, pero en la pintura Juegos de niños, de 1560 retrata a 250 niños y niñas que llenan las calles. Las acciones remiten a prácticas lúdicas y momentos graciosos: Ejercicios físicos, juguetes

y objetos de todo tipo (máscaras, muñecas, tabas, un caballito de madera, aros, dados, zancos, entre otros). Entre los juegos se distinguen las escondidas, la sillita de oro, la gallinita ciega, el caballito, las luchas y otras acciones de trepar, hamacarse, además de danzas y correteos. Otros/as juegan imitando actividades de los/as adultos/as. En este sentido, esta obra plástica puede ser considerada un documento antropológico, un registro plástico que materializa la vivencia del pueblo y en particular la de la infancia. Retrata en su composición un momento de mediación que detiene el tiempo *entre* tiempos. Este es un “entre” en las tramas significantes que *están siendo* tramadas y las anteriores, es decir los sentidos sociales en relación a la infancia de la época medieval y las configuraciones de sentido/sentir que se irán hilando a lo largo de la Modernidad. El cuadro tematiza la infancia en su particularidad lúdica, enfatizamos que hasta esta obra niñas y niños habían sido casi completamente ignorados en la Historia del Arte Occidental, sólo formaban parte de escenas religiosas. Sin embargo, hay aún una continuidad con la representación como adultos/as en miniatura del Medioevo, en la vestimenta elegida para cada personaje: las niñas visten pañuelos en la cabeza, además faldas como sus madres, mientras que los niños llevan camisas y calzas como sus padres.

Imagen 4: Pieter Brueghel “el viejo”, Juego de niños 1560



Fuente: Museo de Historia del Arte. Viena

<https://web.archive.org/web/20160111080636/http://bilddatenbank.khm.at/viewArtefact?id=321>

Con el advenimiento de la Modernidad y luego las ideas de la Ilustración, la infancia como *infans* cobra relevancia como sujeto político y social. Sin embargo, en el mismo acto de nombrarlo se lo destituye como sujeto, limitando su capacidad de acción, infancia en su etimología es definida como *aquel que no puede hablar*. Despojados/as de su voz social, se modela un ideal de niños/as silenciosas, como una hoja en blanco para la enseñanza adulta, de modo tal que son instituidos como seres necesitados de protección, de tutela. Inicia así un largo período de relación adultocéntrica, que llegará a nuestros días. A partir de allí

emerge el Estado como institución que debe asumir dichas responsabilidades y obligaciones junto con la familia. En el seno de la nueva clase burguesa, niños y niñas deben ser formados para la vida, como parte del sistema social y del modo de producción que se estaba gestando: el nuevo orden capitalista. Esta preparación consistía en adquirir los aprendizajes necesarios para participar del mundo del trabajo y como ciudadano/a, en un período concebido para el disciplinamiento de la voluntad, del cuerpo, los deseos, la imaginación y la sensibilidad (Ariès:2018).

De esta manera, se obtura la participación de los/as niños y niñas en la vida social, se institucionaliza su separación del cuerpo colectivo, quedando sólo bajo la responsabilidad del núcleo familiar burgués y del Estado. Sus vivencias se ven compartimentadas en distintas esferas de la vida privada, quedando la etapa inicial de socialización primaria en manos de la familia, para luego pasar a la socialización escolar. Para niños y niñas de las clases populares serán los talleres artesanales y la paternidad vicaria los lugares instituidos para su formación y cuidado, como tutores que transmitirán el oficio. Este proceso tuvo una fuerte resistencia y tensión entre la ciudad y el campo; en términos culturales, la “sociedad plebeya” -como la denomina Lander- salió al encuentro de la racionalidad económica del capitalismo, sosteniendo sus costumbres y tradiciones (2001:20-21).

En este contexto, la colonización del lenguaje fue uno de los elementos fundamentales para esta homogeneización y dominación. Para Mignolo (1992), esto implicó nuevas formas de clasificación y estructuración a partir de la organización de las lenguas por medio de la escritura de sus gramáticas. El sometimiento idiomático fue concomitante al proceso de jerarquización de distintas esferas del saber.² Emerge la escuela como lugar del saber y de interpelación de la infancia; y se subsumen otros modos de saber al paradigma hegemónico de las ciencias como método de clasificación y jerarquización de las poblaciones. Este proceso tendrá su correlato como veremos en las colonias.

Racismo, Modernidad y colonialidad

En este apartado, proponemos articular algunas líneas de comprensión de las infancias del Sur Global, desde una lectura histórica, geopolítica, económica y cultural sobre las formas de dominación capitalista. Estas coordenadas son centrales para entender los modos de regulación de la experiencia de las formaciones sociales actuales. Así, Wallerstein señala que, el sistema-mundo moderno tuvo sus orígenes en el siglo XVI:

Este sistema-mundo estaba entonces localizado en sólo una parte del globo, principalmente en partes de Europa y de América. Con el tiempo, se expandió hasta abarcar todo el mundo. Es y ha sido siempre una economía-mundo. Es y ha sido siempre una economía-mundo capitalista (2006:21).

Esto implica, siguiendo al autor, unidades políticas vinculadas a partir de acuerdos, normas y acciones en un sistema interestatal; además comprende culturas diversas y grupos heterogéneos (que practican múltiples religiones, hablan diferentes idiomas, lo que se manifiesta en los comportamientos cotidianos). A lo largo de estos cinco siglos se han desarrollado patrones culturales comunes, lo que Wallerstein denomina una geocultura. Esta perspectiva señala que a partir del modelo civilizatorio liberal emerge una cosmovisión particular: la que refiere a las Ciencias Sociales. Ésta tiene como eje la Modernidad que para el autor puede ser entendida a través de cuatro dimensiones: a) naturalización de las relaciones sociales y la naturaleza humana en términos capitalistas; b) ontologización de las

² Para un desarrollo de las implicancias de estos procesos ver Carlo Ginzburg (2011) “El Queso y los gusanos”. Barcelona: Océano. Eduard Palmer Thompson (1984) “Tradición, revuelta y conciencia de clase”. Barcelona: Crítica-Grijalbo.

separaciones de la sociedad; c) superioridad del saber científico en términos de verdad; d) visión universal de la historia y el progreso, que se instituye como patrón de clasificación y jerarquización de todas las culturas. Estas dimensiones se expresan inicialmente en Europa, en la naturalización del sistema capitalista y la sociedad liberal. Imposición, que, como dijimos, es producto de un largo proceso de sometimiento de formas de vida previas, dentro de los primeros Estados industrializados modernos. La “superación”, en términos del paradigma liberal, de las costumbres tradicionales y modos de vida feudales, implicó la normalización y el disciplinamiento de los grupos étnicos y las clases subalternas en las diversas formaciones sociales.

En este apartado recuperamos huellas de este proceso a partir de algunas imágenes que abren a la reflexión acerca del Sur Global, y particularmente de la condición colonial como borramiento e imposición violenta de una cultura, que con la profundización del modelo capitalista definieron – y definen- lugares de intervención y modalidades de interpelación a las infancias.

Imagen 5: Arte de Castas



Fuente: Anónimo, siglo XVIII. Museo Nacional del Virreinato (Tepotzotlán)

La pintura de castas es especialmente expresiva de estos procesos. Se desarrolló en el s. XVIII en la Nueva España, en México y en Perú, como parte de los modos de representación de las transformaciones acaecidas en el Nuevo Mundo. La Corona Española se oponía, principalmente, a las uniones de africanos con los otros componentes de la sociedad colonial; su objetivo era impedir que los esclavos obtuvieran la libertad de sus hijos o la propia. Sin embargo, las pinturas mostraban las muchas castas producto del mestizaje entre pueblos originarios, negros y blancos. En cierto punto, documentaban cómo los nacimientos iban reconfigurando las jerarquías sociales, estos niños y niñas adquirían en estas “mezclas”

un nuevo status a partir del “blanqueamiento” progresivo³, entendiendo la blanquitud como “pureza de sangre” como lo dictaba la Iglesia Católica. Es interesante observar el detalle con que describe Alexander von Humbolt⁴ las castas, en su “Ensayo político sobre la Nueva España”.

Al hijo de un blanco, sea criollo o europeo. Y de una indígena de color bronceado se le llama mestizo. Su color es casi perfectamente blanco, y su piel de una transparencia particular. Su poca barba, manos y pies son pequeños, una cierta oblicuidad de los ojos. Anuncian la mezcla de la sangre india, más bien que la calidad del pelo. Si una mestiza se casa con un blanco, la segunda generación que resulta de esta unión apenas se distingue de la raza europea. Habiéndose introducido en la Nueva España poquísimos negros, los mestizos componen probablemente los 7/8 de la totalidad de las castas. En general se les tiene por mucho más dulces de genio que los mulatos, que son los hijos de blancos y de negras y que se hacen distinguir por la violencia de sus pasiones y por una particular volubilidad de lengua. Los descendientes de negros y de indias (...) nombre de chinos también se les llama zambos (...). En el día de hoy se aplica esta denominación principalmente a los descendientes de un negro y de una mulata, o de un negro y de una china. Se distinguen de estos zambos comunes, los zambos prietos, que son los que nacen de un negro y de una zamba. De la mezcla de un blanco con una mulata viene la casta de los cuarterones: y cuando una cuarterona se casa con un europeo o un criollo, su hijo lleva el nombre de quinterón (Von Humboldt, 1827).

Estas clasificaciones fenotípicas implicaban derechos políticos, sociales y económicos (la encomienda y la mita funcionaron en este sentido); pero también ciertos atributos de carácter y sensibilidad. Por ejemplo, en la imagen vemos la definición de una tipología familiar, la mujer pintada casi blanca (mestiza) con el rostro inclinado hacia el costado y con un semblante calmo, toma por el hombro como deteniéndolo un hombre representado en tonos amarrados. La figura masculina tiene los ojos bien abiertos mirando hacia el lateral izquierdo, en señal de alerta, tiene en su mano derecha un cuchillo y en la izquierda el poncho, listo para pasar al ataque y la defensa. Abajo el hijo (coyote según la clasificación) está dibujado en una actitud corporal de ir hacia adelante con su padre, pero a la vez mira a su madre. Se le atribuye por su ascendencia ser fuerte y osado.

³ Usamos el término mestizaje a los fines descriptivos pero consideramos, siguiendo a Carnese que el intercambio biológico y cultural no es un fenómeno “novedoso” estas evidencias contradicen la definición de mestizaje al sostener que “la mezcla se da entre razas diferentes”, cuando en realidad en ese proceso participan pueblos ya mestizados en sus lugares de origen” (2019:45-46).

⁴ Friedrich Wilhelm Heinrich Alexander von Humboldt (1769- 1859) fue un científico, humanista y naturalista realizó viajes y expediciones por el continente americano.

Imagen 6:



Imagen 5. XIV. *Cuarteron y Mestiza / siempre engendran al Collote / fuerte y osado.*
Atribuido a José Joaquín Magón.

Fuente: Museo Nacional del Virreinato (Tepotzotlán)

La pintura de castas expone la operatoria de clasificación y de estigmatización fenotípica según la pigmentación de la piel, de los grupos que habitaban las colonias en América. De máxima se esperaba, en palabras de von Humboldt que:

El nuevo enlace con la raza blanca hace perder de tal modo el resto del color, que el hijo de un blanco y de una quinterona es también blanco. Las castas de sangre india o africana conservan el olor que es particular de la transpiración cutánea de estas dos razas primitivas. Los indios peruanos que en la obscuridad de la noche distinguen por su delicado olfato las diferentes razas, han formado tres voces para el olor del europeo. Del indígena americano y del negro: llaman al primero pezuña, al segundo posco, y al tercero grajo (Von Humboldt, 1827).

En este sentido, los fenotipos que definen las particularidades de las distinciones raciales en tiempos del colonialismo remiten a la hexis corporal pero también a la moralidad, siendo la negritud marca estigmatizante de “animalidad”. Por ello podían ser negociados, vendidos, objetos de transacción y de esclavitud. En esta línea, el racismo encuentra en el sentido estético del cuerpo las bases para fundar estas relaciones sociales, en el color de la piel, en la forma de los ojos, pero también en el olor. Ese olor que, en palabras de Von Humboldt, no puede ser borrado aunque sean descendientes de segunda o tercera generación. Al respecto, Le Breton sostiene que dentro de las lógicas racistas:

[E]l Otro es siempre maloliente cuando no se lo tiene en olor de santidad. No se lo puede ver. El racismo a menudo ha apuntalado su odio del Otro o el sentimiento de su inferioridad biológica, con la evocación convencional de su olor fétido (...) olor real o simbólico del Otro es una metáfora del alma, designa antes que nada un valor moral. El hedor físico no es más que la consecuencia de la convicción acerca del hedor moral del Otro, una licencia otorgada al desprecio. La suputación del mal olor del Otro, su cercanía simbólica con lo animal, permite invocar un argumento para justificar el rechazo (Le Breton: 2015).

En todo caso, esta construcción estética y su consonancia moral configura formas de interacción, cercanía/distancia que justifican la desigualdad, la dominación y la opresión del

otro, clasificado como “extraño- peligroso”, como el que atenta con su mera existencia contra el orden moral del grupo instituido como superior. Por consiguiente, se intentaba borrar las marcas corporales a partir de la descendencia, pero también las formas culturales.

Las formas de clasificación (indios, negros, aceitunados, amarillos, blancos, mestizos) y las relaciones intersubjetivas de dominación correspondientes, como veremos en los siguientes apartados, tuvieron continuidad a pesar de la oclusión y el borramiento de la heterogeneidad de las matrices culturales de América Latina, sobre todo en Argentina en relación a la negritud. Esta clasificación de los cuerpos a partir de la pigmentación de la piel, en relación a sus atributos y prácticas económicas, sociales y políticas fue clave en la conformación de la economía-mundo. En esta línea, Quijano en el texto “Colonialidad y Modernidad / Racionalidad” (1992) reflexiona acerca del sistema de poder, señalando como núcleo de sentido la colonialidad global del poder, que se funda en la imposición de una clasificación racial/étnica de la población. Veamos nuevamente la imagen del comienzo, la pintura era una forma de comunicar a Europa los contornos de las configuraciones sociales de las colonias que, a lo largo del s. XVIII iban, una a una, a reclamar el fin del colonialismo.

“La colonialidad es uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista (...) opera en cada uno de los planos, ámbitos y dimensiones, materiales y subjetivas, de la existencia cotidiana y a escala social.” (2007:93).

Así, las distinciones geoculturales del colonialismo (América, África, Lejano Oriente, Cercano Oriente, Occidente y Europa) se interrelacionan en las experiencias del colonialismo y de la colonialidad. Quijano propone una distinción conceptual entre ambas categorías señalando que:

Colonialidad es un concepto diferente, aunque vinculado con el concepto de colonialismo. Este último se refiere estrictamente a una estructura de dominación y explotación, donde el control de la autoridad política, de los recursos de producción y del trabajo de una población determinada lo detenta otra de diferente identidad, y cuyas sedes centrales están, además, en otra jurisdicción territorial. Pero no siempre, ni necesariamente, implica relaciones racistas de poder. El colonialismo es, obviamente, más antiguo, en tanto que la colonialidad ha probado ser, en los últimos 500 años, más profunda y duradera que el colonialismo. Pero sin duda fue engendrada dentro de éste y, más aún, sin él no habría podido ser impuesta en la intersubjetividad del mundo, de modo tan enraizado y prolongado (2007:93).

Hablar entonces del Sur Global, refiere a los procesos de colonialidad del poder, al establecimiento y la consolidación de jerarquías, entramadas con las múltiples dimensiones de la explotación, dominación y conflicto (por el control de los bienes, del trabajo, de la naturaleza, también de la autoridad, del sexo, de la intersubjetividad). Configurado a partir de la división transversal sobre el eje Norte-Sur, como forma de clasificación de las poblaciones principalmente luego de la Revolución Industrial, y la consecuente resignificación de las ideas de *libertad*, *trabajo* y *tiempo* del sistema capitalista de producción.

Estos cambios se materializaron en el cuerpo subjetivo y social; y particularmente, en relación a la experiencia infantil, comienzan a gestarse conocimientos, formas de comprensión e intervención sobre la infancia, desde diversos campos que históricamente la constituyeron en singular, aunque en este trabajo abogamos por pensarla en plural. A finales del s. XIX podemos considerar ya las intrusiones directas del Estado a partir de políticas públicas, la creación de instituciones y prácticas profesionales específicas que se

desarrollaron a su alrededor, principalmente la escuela, la psicopedagogía, la pedagogía, como también los hospicios, los orfanatos, los hogares sustitutos, los juzgados de menores.

Racismo/ racialismo y educación

Imagen 7: Manual Escolar Naranjito 2



Fuente: Menhi, L.A. y Campos, M. L. (1981)
Naranjito 2. Editorial Plus Ultra. Madrid.

La imagen corresponde a un manual escolar de la década de 1980 con el que se educaron miles de niños y niñas en las escuelas públicas argentinas. En el texto podemos reconocer la continuidad de las clasificaciones que, desde el tiempo de la colonia, configuraron los horizontes de sentido sobre el orden social.

Se destaca la referencia al “negro farolero” del tiempo histórico de la colonia y la lucha por la independencia. En esta mirada, el personaje es señalado primero por su piel negra como rasgo identitario definitorio: “negro”, sin nombre que es definido también por su trabajo. La piel como un marcador de diferenciación negativa en contraposición de la deseabilidad de una piel blanca. Sin embargo, la poesía es una forma de blanqueamiento, sino de su piel de su “esencia” cuando el “ángel guardián” le muestra el alma blanca. Es decir, ocurre una trasposición, esto es una nueva interpretación; en este escrito la piel negra como estigma no sería definitoria de un status inferior, ya que un “ángel”, como representante de la Iglesia Católica, revela la blanquitud del alma. El ángel como figura mensajera, ingresa un nuevo tipo de clasificación: se puede ser negro con el alma blanca como una paloma (otro símbolo religioso).

Aquí podemos trazar una continuidad con el dicho popular contemporáneo de alguien que señala a otro como un “negro”, “pero no de piel sino de alma”. Actualmente, un discurso progresista actúa como regulador de ciertas expresiones discriminatorias y xenófobas. Pero, en todo caso, lo que emerge es la reconfiguración de la larga historia de dominación e invisibilización -de la negritud primero, de las migraciones internas y limítrofes después- sobre la que se forjó el Estado nacional argentino.

De este modo, en la conformación de los Estados Nación, se asumieron los parámetros de “progreso” y el ideal de las sociedades industrializadas como “tiempo futuro universal”, renegando y sometiendo otras temporalidades y formas de saber, expresiones culturales consideradas “no-modernas”. En esta línea, siguiendo a Eduardo Menéndez, es fundamental el papel que jugó –y juega- la ciencia a partir del s. XIX – y no ya el discurso religioso/monárquico colonial- al proponer la noción de raza como distinción biológica verificable. Esta categoría permitió delimitar las diferencias y jerarquizaciones sociales como un hecho biológico irrefutable. En consecuencia, en la configuración dentro de la línea evolutiva, como hemos señalado, Europa ocupa el lugar de la sociedad “civilizada”, “desarrollada”, “blanca”. Esta premisa científica justificó las prácticas de dominación, opresión y sometimiento, en los momentos de máxima expansión de los países imperialistas, como veremos más adelante. De este modo, siguiendo al autor el racismo refiere a:

[todas] las formas de relaciones sociales y culturales que implican discriminación, subordinación, compulsión y explotación de los otros en nombre de pretendidas posibilidades y disponibilidades, ya sean biológicas, sociales o culturales. Toda relación social que signifique “cosificar” a los otros, es decir negarle la categoría de persona, de igual; toda relación que permita la inferiorización y uso de los otros es racismo (Menéndez, 1972:169).

Podemos sostener que a lo largo de nuestra historia moderna esta noción operó –y opera- como categoría ideológica funcional al desarrollo del modo de producción capitalista. En los orígenes estableció una división de la humanidad que justificó el “uso” del hombre por el hombre; aún contra las valoraciones “morales explícitas” de Occidente.

En este marco, el proyecto moderno para la infancia se patentiza en la obra sarmientina, a partir de de la educación pública; con bases académicas del cientificismo norteamericano pero también del iluminismo francés; se instituye un modelo educativo que corresponde a los saberes y valores del sistema político liberal. De este modo, el llamado liberalismo pedagógico del siglo XIX adopta un programa político cultural donde los/as niños/as y los/as jóvenes debían aprender a “ser”: ciudadano/a, hijo/a, obrero/a, profesional. Esta formación integral llevaría al país a incorporarse al mundo moderno. En este modelo no había lugar para lo “otro”, que paradójicamente era lo propio. Kuffer, Ghirardi y Collantonio señalan que:

Al promediar el siglo XIX la institucionalización de la educación popular fue una inquietud común entre los gobiernos latinoamericanos, en contraste con el abandono colonial respecto de la educación para los pobres. Con todo, en estas latitudes pervivieron, tras la emancipación de la Madre Patria, ideologías comunes a la Ilustración, como la concomitancia entre la llamada vagancia y el peligro social, asociadas a la obsesión por el control (2014: 4).

Estos/as autores/as analizan el modo en que las ideas ilustradas en relación a la infancia fueron proyectadas a América Latina, que debía ser *útil a la corona primero y la patria después*. El estudio abarca el período 1813-1832, años en que se realizaron dos registros censales; en Córdoba se realizó en ese tiempo un estudio socio demográfico para analizar las ocupaciones infantiles entendidas como formas de:

[T]emplar el espíritu a través del esfuerzo en la labor diaria, a los fines de evitar la vagancia y el peligro potencial que en esta concepción deviene del ocio y la pobreza, y

haciendo de los niños sujetos participantes en los sectores productivos y de servicios en aras del progreso y crecimiento económico (2014:5).

De esta manera, la generación conservadora de 1880, asumiendo el mandato normalista sarmientino, en 1884 sanciona la ley 1420, que señala la orientación de la enseñanza primaria en Argentina: carácter estatal, obligatorio y laico. Esta legislación funda entonces los pilares de la configuración del sistema de instrucción pública sostenido en el modelo directivista: compone una infancia a su medida. La finalidad de esta ley era instrumentar una institución educativa que asegurara la consolidación nacional sobre bases firmes y homogéneas. Se crearon las escuelas normales, para las que se determinó un currículum mínimo, y se definió la gratuidad y la gradualidad de la educación. Así, el modelo educativo produjo la argumentación necesaria para la constitución del campo de intervención, señalando las diferencias entre pedagogía y otros saberes. El criterio de validez y legitimidad respondió al método científico y la razón moderna, en oposición al saber de la pedagogía tradicional y a los saberes de los pueblos originarios de América Latina.

Todo apuntaba a conformar una sólida identidad nacional, un “ciudadano incluido”, un “ciudadano obediente⁵” a las leyes e integrado al sistema político, excluyendo a lo otro, lo “bárbaro”. La barbarie, sirvió como categoría abstracta que reunía un conjunto de características, distinciones sobre los sujetos, estableciendo los límites político/culturales de lo normal y lo anormal. Fue representada primero por el gaucho en los textos de Domingo Faustino Sarmiento en el *Facundo*. De este modo, el Estado Nación se construye sobre la base racialista, sostenida por argumentos biologicistas y culturalistas. Como señalan, Margulis y Belvedere, se da una “oscilación entre una fase biologicista y otra culturalista” (1999:116).

Sarmiento abonaba las ideas europeas de superioridad racial y cultural de los blancos. Era el deseo de muchos representantes de esa época que inmigrantes europeos poblaran la Argentina trajeran valores intrínsecos a la “raza” blanca: *No basta con importar de Europa población blanca, hacen falta la “idea” europea, la agricultura, la industria, la ciencia* (Margulis y Belvedere, 1999:113). Desde estos argumentos se trazó la política poblacional argentina de finales del s. XIX. Por un lado, la llamada Campaña del desierto que implicó el genocidio de los pueblos originarios mostrando el acto de crueldad y negación máximo del racismo: el exterminio del otro.

Por otro lado, el Estado Nación impulsó la gran inmigración, en su mayoría italianos y españoles entre 1880 y 1930. Éstos, a diferencia del ideal de “ciudadano europeo ilustrado” que pretendían políticos y pensadores de la época, pertenecían a la clase obrera, eran campesinos y pescadores que emigraban buscando mejores condiciones de vida. De allí en más, circulará una frase sintomática de la conformación de la sociedad argentina: “descendemos de los barcos”, “somos hijos de inmigrantes”. Expresiones que obturan la pluralidad cultural. Pueblos originarios, negros y criollos son invisibilizados en este relato que aún resuena en el discurso social.

Durante la primera mitad del s. XX se desarrolla una creciente urbanización que junto a la inmigración abona la percepción de la masa en la ciudad. Masa heterogénea, que desarticula y reorganiza los grupos sociales, conformada por múltiples culturas, que se mezclaban conformando un nuevo modo de existencia de lo popular. La urbe se expande, el centro se desplaza, se trastoca la fisonomía de la ciudad desde sus márgenes. En estas primeras décadas del s. XX todavía estos nuevos/as habitantes llegados/as de diferentes latitudes desconocen la geografía de la ciudad. En este marco:

⁵ En este caso no realizamos distinción de género para mostrar la idea de un ciudadano universal escrito en masculino.

La escuela pública se constituyó en un espacio de inclusión de poblaciones heterogéneas y en componente de la identidad cultural. La institución tuvo un papel fundador en el tejido social y cultural del país y de la provincia. Fue clara la función de la escuela y la influencia de esta institución en las relaciones familiares y la sociabilidad (Flores, 2015:8).

La escuela fue el dispositivo adecuado para eliminar las diferencias culturales, para sustituir o subsumir otras prácticas pedagógicas, como las eclesiásticas, las familiares, o las propias de las culturas de los inmigrantes. La escolarización masiva fue el instrumento ideológico para la imposición de la cultura letrada por sobre las formas tradicionales de circulación del saber, marcadas en la tradición indígena y gaucha de trasmisión oral intergeneracional, en forma de refranes, historias y fábulas, que regulaban y modulaban expectativas y comportamientos. Esto se gestó a la par y en relación a otros procesos tecnológicos y culturales, como el desarrollo de las vías de transporte y los medios masivos de comunicación; dispositivos que se complementaron para la constitución de un horizonte cultural común. Interpelados desde el Estado, pero también desde los medios en una identidad común: la identidad nacional (Martín Barbero: 1991). Por consiguiente, se produjo la inclusión de las diversas matrices culturales -inmigrantes, campesinos, criollos, obreros- que se encontraron en un nuevo espacio, la ciudad.

Racialización de las relaciones de clase: pobre y cabecita negra

En el caso de América Latina, a partir de mediados de s. XX, durante la posguerra, existió un aumento significativo de la concentración demográfica, producto de las migraciones internas del campo a la ciudad y de las inmigraciones desde Europa⁶. En Argentina, este proceso fue exponencial en la década del 30 e incidió en la configuración de los centros urbanos. El ritmo de crecimiento material (edificaciones, transporte, circulación) trajo aparejado problemas de gestión ambiental del uso y distribución de la tierra, y, por otro lado, implicó transformaciones en las experiencias subjetivas.

La urbanidad demandó a los grupos familiares rurales/migrantes la sumisión a nuevos encuadres espaciales, temporales y sociales, es decir, una reconfiguración de los modos de ser y estar con otros. Todo esto impactó en el sensorium colectivo, esto es, en las maneras de percibir, sentir, conocer de los individuos. En relación a la relativa autonomía en la producción y venta de la fuerza de trabajo campesino o en poblados, el contraste con la urbe fue marcado; a la vez que se delimitaban nuevos contornos de las experiencias socioespaciales que los asignaba a los márgenes.

En este marco, la masa campesina y migrante se transformaba en clase proletaria. Nuevas corporalidades se inscriben en las calles, la tez oscura, los rasgos y costumbres del interior circulan, se encuentran; pero es en el marco de la gran movilización obrera y sindical del 17 de octubre de 1945 –que ha quedado como hito simbólico de la historia argentina– donde se reconoce la presencia de ese “nuevo otro”. Martínez Estrada los describe así:

[P]arecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno (...) ese bajo pueblo, ese miserable pueblo. Los habían desplazados u olvidado los políticos demagogos y Perón (...) la habilidad de sacarlo a la superficie, de exhibirlo sin avergonzarse de él, no en su calidad de pueblo sino en su calidad de una fuerza

⁶ Samuel Baily (1986). destaca el impacto de este proceso en el crecimiento sindical y el trabajo industrial para 1947 los extranjeros se habían reducido del 36% (1936) al 26%. Entre 1896-1936 el promedio anual de provincianos que llegaban a Buenos Aires era de 8.000; ese promedio ascendió a 117.000 entre 1943-1947.

tremenda y agresiva que hacía peligrar los cimientos mismos de una sociedad constituida con solo una parte del elemento humano (2005:55).

En este día histórico la masa invadió el centro, desde los márgenes tomó la plaza y consiguió la liberación de Perón quien desde allí sería su líder. Nuevas etiquetas: “los descamisados”, “cabecitas negras”, una redefinición de la conocida fórmula civilización o barbarie, que va a exponer la racialización de las relaciones de clase. Este concepto apunta a destacar los ingredientes racistas que contienen subestimación, descalificación y prejuicio hacia los portadores del cuerpo mestizo, mayoritariamente hacia los que integraron las migraciones desde las provincias del interior y de los países vecinos en esos momentos (Margulis y Belvedere, 1999). Este nuevo actor social colectivo que toma las calles y que con posterioridad será denominado por el legislador radical Sanmartino como el “aluvión zoológico”, nuevamente atribuyendo el carácter de animalidad a la otredad.

Sin embargo, es en el contexto del proyecto peronista que la infancia adquiere otro lugar como parte del proyecto político nacional, y el Estado se convierte en un interlocutor directo de la niñez argentina, así lo señala Carli:

[S]e le proporciona un status simbólico del que hasta entonces carecía. En el caso argentino, es con el peronismo que toma forma un tipo de interpelación estatal al niño y al joven como medio de la construcción de un nuevo orden político, interpelación que combinó medidas de reparación e igualación social inéditas para la población infantil y medidas de politización de la infancia (2006:58).

En este marco, -y en consonancia con el contexto mundial pos Segunda Guerra Mundial-⁷ se otorgan nuevos derechos y se rearticulan las demandas de las masas. En el caso de las políticas para la infancia, fueron incluidas en la reforma constitucional de 1949. En esta tónica, la frase utilizada tanto por Juan Domingo Perón como por Eva Duarte “los únicos privilegiados son los niños”, señala justamente este eje en una nueva forma política de considerarlos, no solo con políticas asistenciales de distribución de ropa y juguetes sino fundamentalmente con programas educativos y culturales en todas las áreas; fuertemente difundidos por la propaganda⁸. Los niños y las niñas del pueblo, interpelados/as como sujetos políticos, pero a la vez subalternizados y homogeneizados, por su condición de clase.

Los márgenes de la urbanización Juanito laguna

Berni inicia en la década de 1960 una serie de cuadros que tiene como protagonistas a Ramona Montiel y a Juanito Laguna. El artista expresa en su técnica el adentro y el afuera, continuidades y rupturas, el mundo prometido de la ciudad capital que se transforma en papelitos de colores, y la continuidad de la marginalidad de la que huían estos personajes que venían desde Santiago del Estero. Lo real cotidiano se traduce en obra poética pictórica, en la narrativa de sus devenires, en la materialidad de sus vivencias. Las obras reciclan elementos del paisaje urbano, del habitar, el trabajar y el jugar entre el plástico, el óxido, los basurales y la precariedad. En esta fundación de una estética propia para decir la realidad del país y de América Latina, el artista argentino optó por mostrar, de manera contundente, las experiencias de las clases populares y los grupos subalternizados,

⁷ Los Derechos del Niño son incorporados a la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948) por las Naciones Unidas.

⁸ Los Campeonatos Infantiles “Evita”, los Campeonatos Juveniles Deportivos “Juan Domingo Perón”, la República de los Niños, funciones gratuitas de cine, teatro, conciertos de música y Ballet el Folklorico Infantil.

especialmente las mujeres y los niños, en sus obras más reconocidas. Berni retrata los márgenes de la industrialización como modelo de disciplinamiento cuya contracara es Juanito Laguna, personaje que dio rostro a la destitución social que sufrían -sufren- las infancias.

En sus producciones está la sensibilidad de la figura del “extranjero” que antes señalábamos, y de las “villas miseria” urbanas. Recrea desde una estética particular un modo de composición que expone los contornos interiores y exteriores de la ciudad, la industria y la escuela en la lógica capitalista.

En la ciudad, los “otros” se encuentran localizados espacialmente, marcados como “amenaza”. Determinada por las características fenotípicas de esta clasificación en las sociedades contemporáneas aquellos “rasgos corporales propios del mestizaje en América Latina, origen migratorio de provincias del interior o de países limítrofes, ubicación desventajosa en las relaciones de clase (pobreza, marginación, menores oportunidades), formas culturales vinculadas con su origen migratorio y también con la pobreza y marginación urbana” (Margulis: 2017). Allí, nuevamente, la piel, el rostro, el pelo, pero también las formas culturales otras, las expresiones y entonaciones, la música y el movimiento, son los marcadores de las discriminaciones actuales que denotan clase y extranjería; discriminaciones que claramente tienen una larga historia en la conformación de nuestras sociedades. “Así fue en la época colonial y así es ahora, en la actual racialización de las relaciones de clase en que el racismo constituye un dispositivo que contribuye a su explotación” (Margulis y Balverde, 1999:18).

En este sentido, las formas de explotación y de subordinación de las infancias subalternas responden a un modelo productivo que modela las formas subjetivas desde múltiples interpelaciones cotidianas. La incitación al consumo es uno de los dispositivos, acompañada por una homogeneización de los estilos de vida deseables señalados por la publicidad, “vertebradora de un discurso de masas que tiene por función hacer soñar a los pobres el mismo sueño de los ricos” (Martín Barbero, 1991: 179). Esta obra de Berni establece la contradicción, el título de la obra aclara el sentido: “El mundo prometido a Juanito Laguna”.

Imagen 8: El mundo prometido a Juanito Laguna, 1962.



Fuente: Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Nación

Esta obra particularmente en su materialidad y disposición de los cuerpos denuncia la desigualdad obturada por los discursos sociales de la homogeneidad (o en la actualidad, por los de la multiculturalidad sin lectura de la desigualdad estructural). El uso de los elementos y de la técnica del collage expresan el lugar político del arte. No hay azar en la narrativa de Berni: el plano dividido en dos y la falta de perspectiva muestran la contundencia del sentido. La disposición señala la jerarquía: abajo una escena interpela al público, Juanito Laguna y sus amigos miran con ojos estáticos al frente. Sus cuerpos están hechos de telas de rafia y arpilleras, llevando su carga en una bolsa del mismo material. Las texturas del cartón, la lana, las latas, los cajones de madera, alambres, los desechos en múltiples colores tierra, una misma gama experiencial que atraviesa no solo las formas de las casas sino también de los personajes, el cuerpo y el trabajo precario. Mientras, en el plano superior, como estallidos, dos columnas de papelitos de colores de colores intensos: rojo, amarillo, azul, verde, naranja y violeta de la tierra prometida. La obra de Berni expone la paleta de colores, la diversidad y la desigualdad ocluidas/violentadas por la historia moderna de América Latina.

Notas finales

A lo largo de este trabajo realizamos una interpretación crítica de imágenes para mostrar las formas en que las infancias fueron interpeladas desde relaciones raciales -el indio, el negro, los inmigrantes europeos, los migrantes latinoamericanos, los migrantes de las provincias- a partir del ejercicio activo de la violencia con que, históricamente, las formas oficiales culturales generaron un tipo de relación racial de dominación, siempre funcional a los modos de producción que determinan la distribución de jerarquías y energías, sociales y materiales.

La emergencia de la categoría moderna de infancia se inscribió en la lógica de regulación de cuerpos y clases en el espacio urbano y social. En este análisis, problematizamos aquellos discursos, instituciones y acciones que constituyeron el ideal de homogeneidad y normalidad, trazando distinciones, jerarquías y exclusiones, que atravesaron cuerpos y sensibilidades. Lejos de una sustancialización inmanente de la categoría infancia, es necesario reconocerla como parte de procesos de disputa política, económica y cultural. Esta es una de las cuestiones centrales a disputar en el campo de estudios sobre la(s) infancia(s). Sostenemos que como categoría permite repensar horizontes de sentido, tramadas a partir de condiciones sociales y relaciones de dominación intergeneracional, de clase, coloniales, siempre en tensión inscrita en sociedades atravesadas por la desigualdad y la diferencia.

Referencias bibliográficas

ARIÈS, Phillipe (2018 [1962]). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Recuperado de: http://iin.oea.org/Cursos_a_distancia/El_nino_y_la_vida_familiar.pdf (28/04/2012).

BAILY, Samuel (1986) *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*. Buenos Aires. Hyspanamerica.

BENJAMIN, Walter (2018) "Parque Central", en *Atlas Walter Benjamin*. Recuperado de: [https://www.circulobellasartes.com/benjamin/obra.php?id=5\(16/11/2018\)](https://www.circulobellasartes.com/benjamin/obra.php?id=5(16/11/2018))

----- (1994[1936]). "La obra de arte en la época de reproductibilidad técnica", en *Discursos interrumpidos*. Buenos Aires: Planeta- Agostini.

BUCK-MORSS, Susan (2005). *Walter Benjamín, escritor revolucionario*. Buenos Aires: Interzona.

CARLI, Sandra (Comp.) (2006). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el Shopping*. Buenos Aires: Paidós

CARNESE, Raúl (2019) *El mestizaje en la Argentina: indígenas, europeos y africanos: una mirada desde la antropología biológica* / Raúl Carnese. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires.

EAGLETON, Terry (2006) *La estética como ideología*. Madrid: Trotta.

ELÍAS, Norbert (1998) *La civilización de los Padres y otros Ensayos*. Santa Fe de Bogotá: Norma.

FOUCAULT, Michel. (2014) *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida*. Buenos Aires: Siglo XXI.

FLORES María, Elena. (2015) *Notas para comprender la construcción histórica del complejo tutelar de menores en la ciudad de Córdoba: entre el Defensor de Menores y el Patronato de Menores*. Córdoba: Editorial del Centro de Estudios Avanzados.

GRÜNER, Eduardo (2021) *Lo sólido en el aire: el eterno retorno de la crítica marxista*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO,

KÜFFER, Claudio, GHIRARDI, Mónica, COLANTONIO, Sonia (2014). "Trabajo infantil en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el primer tercio del siglo XIX", en *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*. Recuperado de: <http://revistas.um.es/navegamerica> (09/05/2016).

LANDER, Edgardo (Comp.) (2001). "*Ciencias Sociales: saberes coloniales y eurocéntricos*". En AAVV. *La colonialidad del saber, eurocentrismo y Ciencias Sociales*. Buenos Aires – Caracas: CLACSO.

LE BRETON, David (2015) "Racismo y percepción sensorial del Otro", en *Topia*. Recuperado de: <https://www.topia.com.ar/articulos/racismo-y-percepcion-sensorial-del-otro>(02/05/2021)

MARGULIS, Mario (2017) "Nuestros "negros"", en *e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, Vol. 15, Nº 60, julio septiembre, 1-17. Instituto de Investigaciones Gino Germani.. Buenos Aires. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/4964/496454145002.pdf> (19/5/2021)

MARGULIS Mario, BELVEDERE Carlos (1999) "La racialización de las relaciones de clase: Genealogía de la discriminación", en Margulis M., Urresti M. *La segregación negada: cultura y discriminación social*,(79-122), Buenos Aires: Biblos.

MARTÍN BARBERO, Jesús (1991). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. México: Editorial Gustavo Gili S.A.

MARTÍNEZ ESTRADA Ezequiel (2005) *¿Quéto?: Catilinaria*. Buenos Aires: Colihue

MENÉNDEZ, Eduardo (1972). "Racismo, colonialismo y violencia científica", en *Transformaciones*, Nº 47, 169- 195.

MIGNOLO, Walter (1992) "La colonización del lenguaje y de la memoria: complicidades de la letra, el libro y la historia". En: *Discursos sobre la invención de América*. Amsterdam: Iris

----- (1998). "Diferencia Colonial y Razón Postoccidental", en *Anuario Mariateguiano*, Nº 10, Lima, Perú.

Zabala editores.

QUIJANO, Aníbal (2007) "Colonialidad del poder y clasificación social" en *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Castro-Gómez, S., Grosfoguel R. (Comp.) pp 93- 126 Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.

QUIJANO, Aníbal (1992). "Colonialidad y Modernidad/Racionalidad", en *Perú Indígena*, Lima, Perú, Vol. 13, Nº 29, 11-20.

VON HUMBOLT, Alexander (1827) Ensayo político sobre la nueva España. Tomo I. Paris.
Recuperado de:
http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080012467_C/1080012467_T1/1080012467_MA.PDF
(20/05/2021)

WALLERSTEIN, Imanuelle. (2006). *Abrir las Ciencias Sociales*. México: Siglo XXI.

Cita sugerida: IBÁÑEZ, Ileana Desirée (2021). "La experiencia de infancia desde un análisis decolonial y estético de productos culturales: Modernidad, racismo y racialización de las relaciones de clase." en <i>Revista Argonautas</i> , Vol. 11, Nº 16, 10-29. http://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/ARGO/index
--

Recibido: 21 de mayo de 2021	Aceptado: 26 de mayo de 2021
------------------------------	------------------------------